

No eran las moscas de Orestes, ni el arrepentimiento de Electra lo que oía en el cuarto. No era el eco de mis pensamientos, el pulso o el temblor de los brazos. Tampoco los fantasmas que me poblaban el cuerpo, ni el rumor de las generaciones pasadas, ni la premonición de las venideras. Pero escuchaba. Todos los días con sus noches y sus horas, escuchaba. Si en lugar de oír hubiese visto, me habría arrancado los ojos o esperado a que vinieran los cuervos a comérselos. Pensaba a veces reventarme los tímpanos. Una vez estuve cerca; me sangraron los oídos un par de días y padecí una leve sordera. La tortura volvió: ahora no sólo escuchaba de nuevo, sino que escuchaba mejor. Si me lo preguntan, no temo responder: ni el mismo diablo lo sabe. Si tan sólo fuera de este mundo...

Todo comenzó al mudarme hace unos meses. Soy perezosa. Deseaba vivir lo más cerca posible de la facultad y encontré un inmueble en la calle Fanny Anitúa, en el barrio de Analco, cerca del centro histórico, en la ciudad de Victoria de Durango.

Otra chica de la facultad buscaba un departamento y acordamos compartir los gastos del inmueble. Era una casa: una sola planta, dos habitaciones, un baño completo, sala-comedor, cocina integral, un pequeño jardín trasero y un cuarto de servicio que no hemos ocupado todavía. Cuando llegamos encontramos árboles en la banqueta; tuvimos que hacernos cargo, nunca había cuidado un árbol, nunca había cuidado nada. La fachada de la casa era naranja. Jamás habría escogido ese color. Pedí el cuarto más oscuro: la luz me lastima los ojos, me desata un llanto discreto y me taladra la cabeza. Un suave dolor aparece, casi imperceptible, se alimenta de luz y sonido hasta volverse estriden-

INCUBUS*

Cibela Ontiveros

Todo comenzó al mudarme hace unos meses. Soy perezosa. Deseaba vivir lo más cerca posible de la facultad y encontré un inmueble en la calle Fanny Anitúa, en el barrio de Analco, cerca del centro histórico, en la ciudad de Victoria de Durango.

cia. El cuarto de Karla tiene una ventana hacia la calle. En menos de una semana lo amueblamos y nos pareció haber vivido allí desde siempre.

Pasaba casi todo el día en la facultad; mi última clase terminaba a las nueve de la noche los martes y jueves, el resto de la semana salía de clases a las siete. Así que debí ser jueves; me había desvelado la noche anterior haciendo un trabajo de investigación y llegué directo a la cama, encendí la televisión y me recosté. Me despertó *La petite fille de la mer*, y la vibración sobre el vientre me hizo cosquillas: tenía el celular en el bolsillo de la sudadera. Eran más de las once, el cuarto yacía en tinieblas; encendí la lámpara del buró. Un mensaje de Karla: había salido de la ciudad con destino a Hermosillo, para visitar a su familia y volvería hasta el domingo. “¿Hasta el domingo?”, no reconocí mi propia voz. Encendí la televisión. Había olvidado que el día siguiente era festivo, pero ¿qué se celebraba?, ¿qué iba a hacer con tantos días? No

podía ir a visitar a mi familia porque vive a mil kilómetros de aquí, en la ciudad de Xalapa, Veracruz, y sólo voy dos veces al año, en vacaciones de invierno y de verano. La peor parte es que no sabía estar sola. De la jaula familiar había saltado a otra jaula con un pájaro que pagaba la mitad de los gastos. Si hubiera escuchado a Karla cuando sugirió adoptar un perro o un gato... Miré la oscuridad e imaginé ladridos y maullidos; los hice callar con mucho esfuerzo. La migraña y los animales no son buena mezcla. La migraña y los humanos tampoco.

Me quité la ropa, me puse la pijama, busqué una película, pasé por todos los canales dos veces y no encontré algo que ver; apagué la televisión. A punto de dormir, escuché un ruido en la cocina. Caminé despacio, casi conteniendo la respiración; el eterno dilema de encontrar algo sobrenatural o a algún mortal con intenciones de robarme algo (espiritual o material). La ventana estaba abierta, Karla olvidó cerrarla. Llené un vaso con

El verdugo me despierta en el lecho, dice que me ejecutarán en la plaza frente a miles de curiosos, no comprendo nada. Dice que volverá más tarde, cierra con llave. Las velas siguen ardiendo en el candelabro gastado. El aire me marea, ¡qué olor extraño! Pasos que se aproximan a la cama, avanzan, escucho hundirse las sábanas. Deseo mirar, pero el miedo me domina, vuelvo la cabeza.

agua; no padezco sed nocturna, ese acto obedecía en realidad a lo que dictan las creencias familiares: “un espíritu sediento abandona el cuerpo y se va a buscar arroyos, lagos o ríos y otros espíritus se apoderan del cuerpo sin alma”. *Yo no lo sé de cierto*, aunque tampoco quería averiguarlo. Revisé que todo estuviera en orden, cerré la ventana y me fui a dormir.

Desperté de madrugada para ir al baño. Cuando volví a acostarme sentí frío en la espalda; pensé en levantarme por otra cobija pero se me cerraron los ojos. Es en un pozo, siento vértigo, la caída no me lastima. Estoy en una mazmorra, un verdugo entra a mi celda y me encadena una sola mano; estoy desorientada, casi asustada; imposible oponer resistencia. El verdugo dice que espere, que pronto llegará mi turno. Cada vez que exhalo, un trozo de fina niebla se aleja de mis labios. El verdugo regresa y me desencadena, me lleva por un corredor, subimos una escalera, está muy oscuro, los escalones son tan altos que temo tropezar. Llegamos a un cuarto, estoy en la torre de un castillo, el verdugo me dice que descanse, señala un lecho. La habitación está iluminada débilmente por un candelabro. Me recuesto, un mareo. Otra vez el vértigo; me aferro a las sábanas y escucho el mar lejano que golpea

rocas, escucho uñas afiladas que recorren mis mejillas, la barbilla y la boca. Temo abrir los ojos, una uña me escribe algo en el cuello. Unos labios fríos posados en los míos, oigo uñas recorrer mi espalda, luego se me hunden en la piel, despego los labios y se me escapa un gemido, una gélida lengua dentro de mí.

Los fines de semana o días de asueto no me entero a qué hora sale el sol. En mi cuarto siempre es de noche. Como si el tiempo hiciera una pausa larga. El tiempo ya no existía en mi habitación, y si no pasaba, ¿era yo una escultura en mármol de Carrara, como las obras de Emilio Fiaschi? Atenta, en mi pedestal, escuchaba.

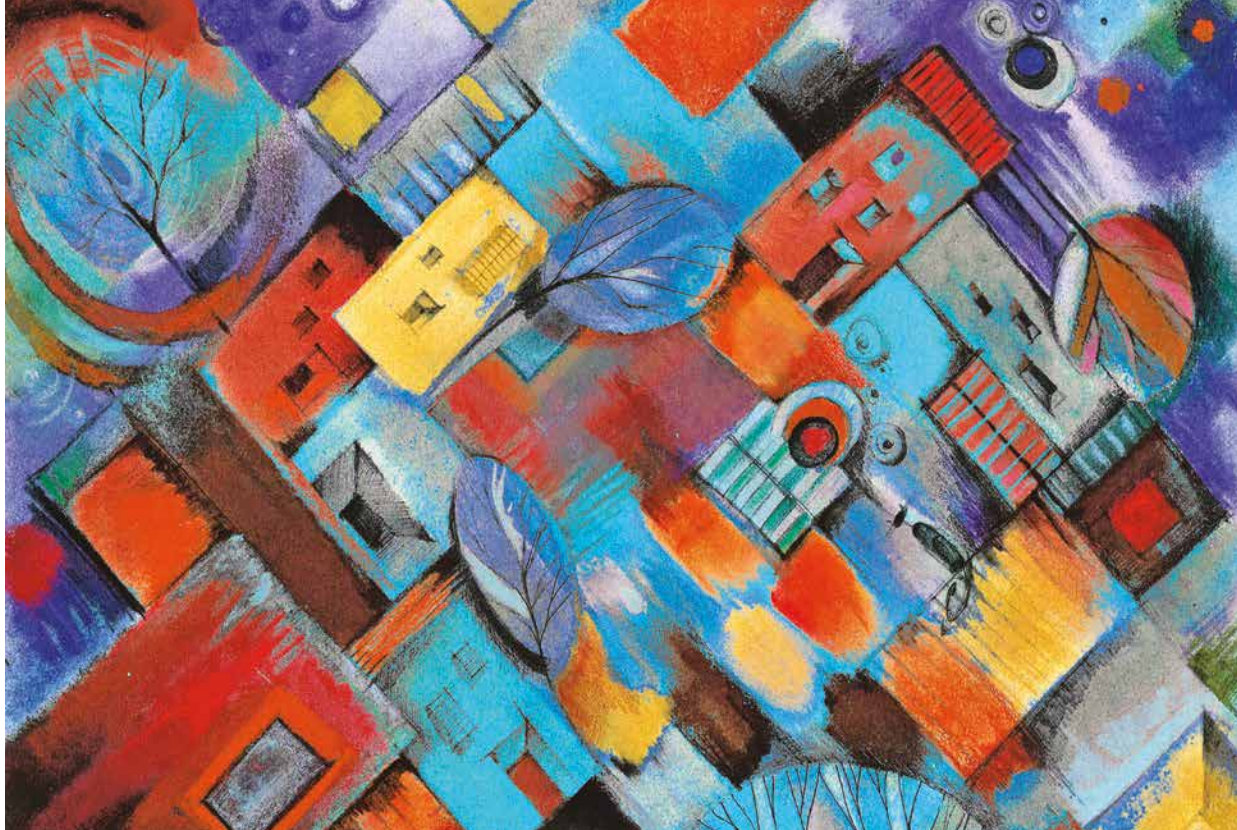
Abrí las llaves de la regadera y esperé a que el agua estuviera caliente. Me aparté del chorro con brusquedad, me ardió la espalda. Frente al espejo observé que tenía algo, unas marcas, también en el cuello, símbolos que no comprendía. Pasé los dedos, estupefacta; sangre, ya seca, se adhirió a ellos. Mientras me bañaba con agua tibia, trataba de explicarme los hechos de una forma lógica. Conozco personas que se atacan mientras duermen y personas que se atacan aún despiertas. ¿De qué clase era yo? ¿Los moretones en las piernas eran un mensaje? Tenía semanas despertando

con ellos; uno en la pierna izquierda; luego de un par de semanas y, a punto de desaparecer, otro en la pierna derecha. La piel amoratada, dos días después verduzca, al día siguiente amarillenta, al otro día, de un tono amarotado desvanecido. Cada golpe invita a presionarlo como un recordatorio de la fragilidad sometida a la violencia. Si duele, es que es real.

Desayuné cereal, derramando un poco de leche cuando la serví en el tazón. Limpié de inmediato, me pareció escuchar a mi madre: “¡límpialo, límpialo!” Una brisa en el cuello me acarició, la ventana de la cocina estaba abierta. Karla tampoco la cerró antes de irse. Muchas veces pienso pedirle un poco más de concentración y sentido común. Me vuelve loca tener que revisar puertas, ventanas, llave del gas, perilla del calentador. El problema no es revisar; el problema es que mi naturaleza con destellos obsesivos me obliga a inspeccionar de cinco a diez veces, dependiendo de cómo haya amanecido mi seguridad ese día, lo que me hace llegar tarde a todas partes.

El día transcurrió, más que tranquilo, aburrido. Por la noche Daniel, un amigo de la escuela, me invitó al concierto de la orquesta sinfónica. El concierto fue terrible porque hubo ópera y la soprano sin sentido de dignidad pretendió cantar: “Chanson Bohème” de *Carmen* y una de las arias de *Sansón y Dalila*. El colmo fue “Ah Je veux vivre” de *Romeo y Julieta*, simplemente abominable. Tuve que taparme la boca para no proferir insultos en voz alta. Recordé que fue por eso que Glenda dejó de invitarme a los conciertos, al cine y al teatro.

Al salir, Daniel y yo fuimos a cenar tortas de pastor con queso; luego me acompañó a mi casa. Cuando llegué era casi media noche. Encendí la televisión y co-



1. De la serie *Città*

mencé a desvestirme. Pasaban *American Gangster* en Universal Channel; era la escena donde Denzel pide a sus hermanos y primos que lo esperen un momento, sale del restaurante para enfrentar al gánster que durante mucho tiempo lo ha extorsionado, amenazándolo con una pistola, mientras éste pregunta “¿y qué, me vas a matar?” Denzel dispara. Entonces escuché el ruido. La casa no era tan ruidosa, ¿o no me había percatado? Provino del cuarto de Karla y dudé en entrar. Giré la perilla, como para evitar despertar a mi compañera. Encendí el interruptor, la ventana estaba abierta; me pregunté cómo es que antes, al entrar o salir de la casa, no lo había notado; la cerré. Imaginé un día de viento en el que la ventana pudo haberse cerrado de golpe, imaginé el cristal en millones de partes minúsculas; el ruido me despertó la jaqueca dormida que se relamía el pelaje y retraía las garras, como una leona. Por fortuna, aquel día no corrió suficiente viento para despertar animales enjaulados.

Aspiré hondo. La habitación estaba impregnada de perfume. Mi compañera lo dejaba todo abierto o destapado. Me pregunté qué habría en su cabeza: ¿estaría enamorada? Aquello no debía continuar, pero dejé la tapa de su perfume donde la había encontrado. Nadie me obligaba a ordenar su desorden. Sólo cerré la ventana para ahorrarnos un vidrio.

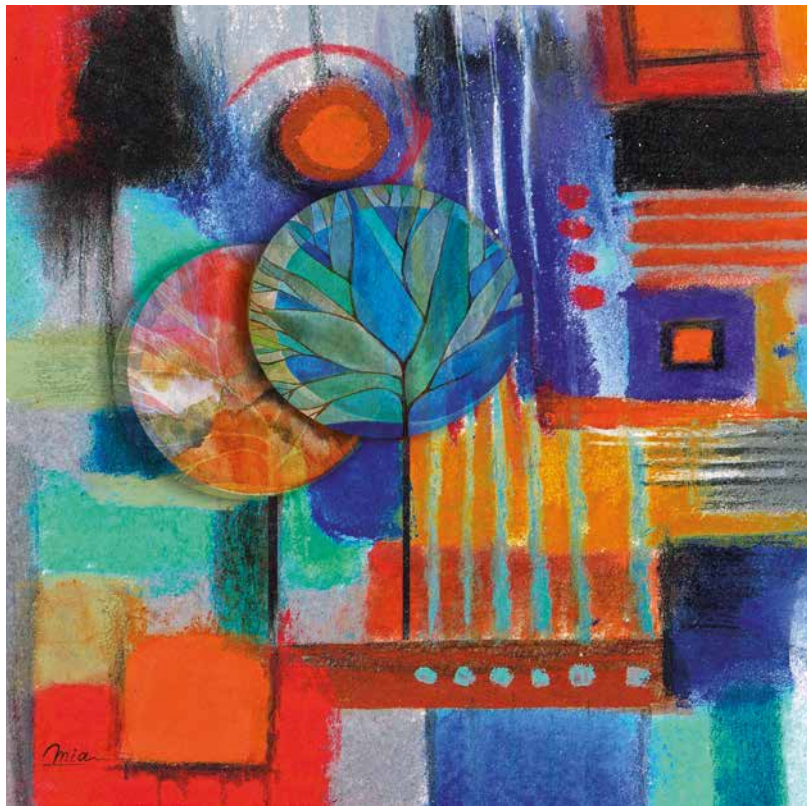
Se me cerraron los ojos antes de que terminara la película. Desperté para ir al baño, apagué la televisión, encendí la lámpara; eran las tres, “la hora del diablo”, según dicen; otra vez hacía frío. No recordaba lo que había estado soñando, pero me sentía nerviosa, inquieta. Cuando volví del baño, la televisión estaba prendida, no tenía volumen. Creí haberla apagado antes. Se me espantó el sueño, traté de cazarlo con los ojos cerrados; a veces funciona, aprietas tanto los párpados que pescas el sueño y le pones una correa para que no eche a correr.

El verdugo me despierta en el lecho, dice que me ejecutarán en la

plaza frente a miles de curiosos, no comprendo nada. Dice que volverá más tarde, cierra con llave. Las velas siguen ardiendo en el candelabro gastado. El aire me mare, ¡qué olor extraño! Pasos que se aproximan a la cama, avanzan, escucho hundirse las sábanas. Deseo mirar, pero el miedo me domina, vuelvo la cabeza. Unas manos frías comienzan a tocarme, despacio; primero, los pies suben con calma por mis piernas; uñas afiladas parecen escribir de nuevo signos en mi piel. Antes de llegar a mi vientre, se divierten; no hay un solo centímetro que no recorran con frialdad. Si sólo se tratara de sentir no habría tenido tanto miedo, pero cada movimiento se oía desmedido, como si me perforara la cabeza.

Despierto agitada, húmeda, sudorosa. La sensación de haber sido ultrajada, un cuerpo dentro de mí, entrando, saliendo, sin irse nunca, haciendo eco, dentro, dentro, dentro.

Héctor me manda un mensaje después de las cinco. Habrá

30. De la serie *Fragmentos*

una fiesta en casa de Anita Ruiz. ¿A qué hora? De las 9 en adelante ¿Quiénes irán? Sandy, Zury, Russell, Hannah, Pacheco, Sandra, Glenda, Isabel, Luchadorcín, Julieta, Rosa Aurora, Mayra, Kristel, Celina, Amalia, Roberto, Ximena, Paola, Griselda, Brianda, Gustavo, otros que no conozco. ¿Qué hay que llevar? Es de traje, o si preferimos, nos cooperamos para comprar cerveza.

Fumo... no sé si es ahora o ayer. Mareo y sonrisa que no puedo ocultar. Dos churros, seis... no sé contar bien. Sigo en el sofá, ¿o el sofá sigue debajo de mí? Como sea, permanecemos. También puedo ver la música. Mucha risa, cargada infinita de colores, mar que golpea rocas, pasos en una escalera antigua, velas que se consumen al viento, grillos en los oídos y un zumbido que viene de algún remo-

to lugar. Son moscas, vuelan lento, me subo a una de ellas cuando va pasando, la monto a pelo. Caemos...

He decidido abstenerme de ciertas bebidas alcohólicas: me descomponen el semblante y el ánimo. Prefiero las bondades de las hierbas curativas, aunque pase abstraída casi todo el día siguiente. Vi algunas películas: *Lost Highway*, *My life*, *Forrest Gump*, un par de documentales sobre animales salvajes, y dormí varias siestas.

No escuché cuando Karla llegó. Había oscurecido. Su mano sacudió mi hombro; me saludó sonriente, con alegría. El fin de semana ahora parecía normal. En el cuarto de mi compañera, recostadas en la cama, me contó los detalles de su viaje mientras comíamos rollos de guayaba con cajeta y nuez. Karla me preguntó

qué había hecho. El concierto no ameritaba contarse, así que sólo mencioné la fiesta, cómo y quién arruinó la alfombra de Ana. Fuera de eso, las pesadillas también las omití, no quería asustarla o predisponerla. Me fui a dormir pasadas las doce.

Mi cabeza en un cesto, recién rebanada, tibia. La sangre rodando por el cuello, pecho y espalda; mis manos tratando de asir mi cabeza en el cesto. A lo lejos, escucho latir el peso de un cuerpo que no puedo tocar. No me resisto, me abandono, me entrego; no hay a dónde escapar y tampoco quiero hacerlo. Me pregunta en un murmullo que vibra dentro de mi carne: “¿quieres irte?” Le contesto que no, en un tono casi apagado, como si mis labios tocaran su oído (si aquello hubiera tenido un cuerpo). Me embiste con violencia, con una mano, con la otra, sus largos dedos con afiladas uñas rasgan mi entraña. ¿Y si no se trata de un *incubus*?

Desayuno con Karla. Las ventanas de toda la casa se azotan por el viento, se rompen. Karla no se levanta, yo tampoco. Karla no cuenta sus sueños, ni yo los míos. Su sonrisa es del tamaño del mundo, la mía también. **LPyH**

* Cuento ganador del Premio Nacional al Estudiante Universitario Sergio Pitol, categoría Relato, en 2014.

• **Cibela Ontiveros** es narradora, licenciada en Lengua Inglesa y especialista en Promoción de la Lectura por la UV. Ha sido beneficiaria de los estímulos PECDA, y obtenido los premios Ser uv y Charles Bukowski.